

del alma, ó al prudente gobierno para las operaciones del gobierno civil. Sabemos, que San Francisco de Borja, cuarto duque de Gandía, era aficionadísimo á la caza de cetrería, en la cual ejercitaba mil virtudes, ya la mortificación, retirando de repente la vista, cuando más le convidaba la diversion del objeto, ya el sufrimiento, tolerando sin quejarse, así las fatigas del campo como los reveses de los temporales, ya una profunda meditación, sacando utilísimas consideraciones de la velocidad con que el halcon se dispara á la presa, de la docilidad con que á la primera insinuacion del reclamo se retira á la frondosa, de la fidelidad con que presenta la cabeza á su legítimo dueño, refrenando su natural ferocidad, por cumplir con su obligacion y agradecimiento.

Aun en el gentilismo tenemos un bello trozo del panegirico de Trajano, que puede servir de instruccion á cualquiera orador cristiano, para dirigir á la religion el elogio. «De las prendas naturales eres (dijo «Plinio el jóven) diestrisimo; en la caza, una moderada frecuencia, parece recreo, y no es más que mudanza de fatiga. Tienes por alivio lo que solo es mudar de trabajo, interrumpes algunas veces los cuidados del gabinete, ¿mas para qué? para penetrar los bosques, para perseguir las fieras, aun hasta los más profundos senos de sus lóbregas cavernas, para trepar por riscos, y breñas inaccesibles, sin más auxilio que el de tus piés, sin otras huellas que las que estampan tus plantas: ¿esto en qué viene á parar? en que con sobre escrito de diversion, ejecutas la piedad, visitando aquellos sagrados lugares, y saliendo al encuentro á los Dioses

« tutelares, que los presiden y los protejen: *Quód si «quandó cum influentibus negotiis paria fecisti, ins- «tar refectiois existimas mutationem laboris, ¿quæ «enim remissio tibi nisi lustrare saltus? ¿excuterè eu- «bilibus feras? ¿superare inmensa montium jugá, et «horrentibus scopulis gradum inferre? ¿Nullius manu, «nullius vestigio adjutum?»*

Y si el bueno del difunto, replicó el sócio, no tuvo ninguna destreza ni habilidad, sino para comer y beber, pasearse y vita bona, ¿á dónde ha de acudir el angustiado orador por los elogios? ¿A donde? respondió el padre Abad, á su profesion, á su oficio; pues no hay oficio ni profesion que no dé abundante materia para celebrar, sino al modo con que le ejercitó, al modo con que debe ejercitarle, y á los fines á que debe dirigirle, lo que todo redundará en provechosa enseñanza del auditorio.

Y parece á V. Reverendísima, dijo Fray Blas, que se encuentran ahí á la puerta de la calle los elogios de todas las facultades, y de todas las profesiones? ¡Jesús! respondió el abad, no hay cosa más á mano ni tampoco más de sobra. Cualquiera autorcillo que escribe sobre el todo ó la parte de alguna facultad, oficio ó empleo, comienza colocándole más allá de las nubes. Pues el prólogo y primer capítulo, cuando muchas veces no sea la mayor y la más útil parte de la obra, se reduce por lo comun á recojer todo cuanto se ha escrito en recomendacion de la materia que trata; de su antigüedad, de su nobleza, de su necesidad y de su suma importancia; tanto que al leer la introduccion del más despreciable folleto, sobre alguna parte de aquellas cualquiera facultades,

y aún artes y oficios mecánicos, un lector incauto se persuade, á que no hay más noble, más importante ni más necesaria. A este propósito me acuerdo, que siendo muchacho leí cierto librito sobre las fiestas que habia hecho en una ciudad el gremio de los sastres, con ocasion de un retablo que habia costado el mismo gremio. El autor así en la introduccion, como en lo restante de la obrilla, juntó ó esparció tantos y tan magníficos elogios de este oficio, sobre todo, inculcó su antigüedad y su nobleza, probando á su parecer concluyentemente, que éste era el primero que se habia ejercitado en el mundo siendo Adán y Eva los primeros sastres, fundado en aquellas palabras del capítulo 3.º del Génesis: *Cumque cognovissent se esse nudos, consuerunt folia ficus et fecerunt sibi perizomota*; que convencido yo á lo mismo, faltó poco para meterme tambien sastre.

Tan bajos pensamientos como esos, interrumpió el sócio, nunca los tuve yo; pero tanto como dedicarme á boticario, no me faltó un tris para hacerlo, desde que leí un cierto papelejo sobre la confeccion de Alkermes, que el Espíritu Santo era el verdadero fundador de las boticas, por quanto él es el que inspira el conocimiento de la virtud de los simples, y el modo de alabarlos. Añadió que por eso las quintas esencias, que son los medicamentos más activos; se llaman *espíritus*, como alusion á su divino inventor.

Chanzas á un lado, continuó el abad; al gramático, al retórico, al poeta, al físico, al metafísico, al músico, al astronómico, al legista, al teólogo, y á proporcion á todos los profesores de las artes ú oficios

mecánicos, se les puede alabar en el púlpito con majestad y con decencia, por el ejercicio de sus mismos oficios y facultades. Para hacer el elogio de un gramático no hay más que leer á Marciano Capela en el libro 3.º; á Diomedes en la epístola á Atanasio; á Diodoro Sículo en el libro 12.º, *sobre las leyes de Charondas*; y á Suetonio *de illustribus grammaticis et criticis*. Para el de un retórico y orador, sobre lo mucho que dice Filón Hebreo en un libro de *Cherubin*: á Ovidio en el libro 2.º de *Ponto* Elegia 2.ª; á Plinio el menor en el libro 2.º epístola 3.ª; á Séneca en el prólogo á las *Controversias de Craso Severo*; y tambien á Ausonio en su *Panegrico á Graciano*.

No hay cosa más de sobra, que los elogios de la poesía; tropiézanse tantos, que son estorbo más que diversion. Casi todos los que se encuentran en los modernos, son copiados de los que se leen en el Diálogo *pro y contra de la poesia*, que corre con el nombre de Cornelio Tácito, y muchos creen ser de Quintiliano; de los que recogió Silvio y Julio hácia el fin del libro 11.º; de los que se hallan en el *Gentiliaco* de Luciano, como se lee en las obras de Estacio; y finalmente, de lo mucho que dijo Florido en el capítulo 7.º del libro 3.º *Contra los detractores de los poetas*.

En amontonar alabanzas de la filosofía, parece que todos han conspirado; oradores, poetas, historiadores, Ciceron, Capela, Claudiano, Sidonio Apolinar, y todos los que escribieron las vidas de los filósofos antiguos y modernos, como Eunapio, Sardonio, Porfiro, Filóstrato, Lemnio, Ammonio, Hegesipo, Dion, Diógenes Laercio; y entre los moder-

nos, Bruquero, Basio, Sonsi, Capasi, y el inglés Tomás Stanley.

Para poner la medicina sobre los cuernos de la luna, no es menester más que abrir cualquiera tratado, que haya escrito en algun asunto de ella el más desdichado pedante. A carretadas recoge lo infinito que se ha dicho de la buena, cuidando no ménos de suprimir lo infinito que se ha declamado contra la mala. Pero en fin, por expresar algunas fuentes determinadas, léase *la vida de Galeno, recogida por Julio Alejandrino*; *los comentarios de la nobleza, por Andrés Jiraquel*; y *la epístola del Ilustrísimo Guevara al doctor Melgar*, y encontrará el orador un almacén de elogios de la medicina, que no los ha de consumir en un tomo entero de sermones de honras, á los que han hecho predicar tantos por sus desaciertos.

De las matemáticas, sé muy bien lo que dice San Agustin: *Quas multi sancti nesciunt quidem, et qui etiam sciunt eas; sancti non sunt.* « Que muchos santos las ignoran, y que los que las saben no son santos. » Esta sentencia que parece dura, no quiere decir lo que suena: solo intenta el Santo significar por ella el grande embeleso con que esta nobilísima ciencia arrebató hácia sí á sus profesores, los cuales necesitan de un esfuerzo muy particular, para desviar su atención de las especulaciones matemáticas, si han de encontrar tiempo para dedicarse á las verdades del Evangelio. Por lo demás, nadie puede negar que el mismo embeleso con que arrebatan el alma, es el medio tan eficaz, como inocente para desviarla de las pasiones, que son los mayores ene-

migos de la santidad. Y así apenas se encontrará matemático sobresaliente, que no sea hombre de costumbres irreprehensibles. Pero casi siempre va sobre seguro el elogio de estos profesores; y para formarle, prestan sobrados materiales Platon en su *Timeo*; y Aluneco en el *Isagoge á la doctrina de Platon*.

Un músico tiene mil capítulos, que le pueden hacer justamente recomendable; solo con pasar los ojos por el bello panegírico que Casiodoro hace de la música en el tratado que dirigió á Boecio Patricio libro 2.º, hay cópia de escogidos materiales para celebrar á los que profesan esta primorosa facultad. Y él que no se contentare con estos, puede leer al ya citado Marciano Capela en todo el libro 4.º De los jurisconsultos y de los teólogos no hablo; porque es menester que sea muy ignorante el que no sepa que se puede formar una grande librería, compuesta precisamente de los elevados y merecidísimos elogios, con que todos los han agradecido.

No se fatigue más V. Reverendísima, dijo á esta sazón el comisario, que aunque yo le estaria oyendo con grandísimo gusto, desde aquí á mañana, me causa congoja el miedo de que se canse.

Pues yo, añadió Fray Gerundio, con licencia de V. Reverendísima y solo por oír á V. Reverendísima, tengo de hacerle todavía una pregunta. Y si el difunto, no solo no sobresalió en prendas algunas cristianas, morales ó naturales, no solo no fué eminente en la facultad que profesó ni en el oficio que ejerció, sino que en la religion fué un mal cristiano, en la facultad un zopenco, y en el oficio un mal hombre, ¿qué ha

de hacer el orador, sino refugiarse al sagrado de la erudición?

El caso es algo apretado, respondió el abad, pero no tanto que no tenga salida. Puede hacer lo que se refiere en la vida de San Antonio de Pádua (caso que no pueda escusarse de predicar en sus honras, que será el arbitrio mejor); obligaron al Santo á predicar en las de un usurero; quitóse de cuentos, no disimuló el torpe vicio de que habia adolecido públicamente el difunto, declamó vehementemente contra él, y ponderando aquel texto de la Escritura, *Ubi est thesaurus tuus, ibi et cor tuum erit*: «Donde está tu tesoro, allí está tu corazón». Para probar la verdad de este oráculo, dijo con instinto superior, que acudiesen al cofre donde el difunto tenia su tesoro, y que hallarian su corazón en él. Hizose así, y encontróse efectivamente; trájose á la Iglesia con espanto de todos, y á vista de aquel desdichado corazón, hizo el Santo un sermón de ninguna utilidad para el difunto, pero de grandísimo provecho para los vivos.

En la vida del venerable capuchino y apostólico misionero Fray José de Carabantes, se refiere otro caso muy parecido: dicese en ella que estando un religioso de su misma orden para predicar el sermón de honras de cierto ministro de Justicia, se le apareció rodeado de llamas la noche antes, y le dijo: *No prediques mis honras, sino mis deshonoras; porque te he go saber que así yo como todos los que hemos tenido empleo de justicia en este pueblo, por espacio de 40 años estamos ardiendo en los infiernos*. Con efecto, este fué el sermón que predicó, dándosele poco de

que los parientes del difunto se diesen por ofendidos, como se diesen por avisados, y por escarmentados ellos y los demás. No se puede aconsejar que se haga lo mismo siempre que la vanidad ó la lisonja insistan que prediquen honras de sugetos, cuya vida fué notoriamente desordenada y escandalosa. Para esto era menester un espíritu tan iluminado y una santidad tan conocida como la de San Antonio de Pádua: pero á lo ménos debe guardarse bien el orador de tocar en las costumbres del difunto; porque ó ha de mentir ó ha de escandalizar. Mucho mayor cuidado ha de poner en suponerle en estado de gracia, ponderando fuera de tiempo la infinita misericordia del Señor; porque el auditorio incauto y sencilló, y tambien el que no lo es, oyendo desde el púlpito las imprudentes conjeturas de que se salvó un hombre de tan mala vida, entra en la necia confianza de que igualmente se podrán salvar los que le imitaren en sus desórdenes.

¿Pues qué partido juicioso, preguntó el sócio, se podrá tomar en ese apurado lance? El que se debiera seguir, respondió el Abad, en casi todos los sermones de honras, especialmente los que se dedican á sugetos que no hubiesen sido de una virtud singular, notoria y generalmente conocida; desviar enteramente la atención de aquel difunto particular, y fijarla en todos los fieles difuntos. Quiero decir, ponderar la terribilidad de las penas del Purgatorio; el rigor con que se castigan aún las más leves culpas con los más graves tormentos; la dispensable obligación que todos tenemos de aliviarlos con nuestros sufragios, las almas que los padecen, siendo esta obli-

gacion mayor ó menor, segun la mayor ó menor conexion de los vivos con los difuntos; el sumo reconocimiento de aquellas almas afligidas, respecto de todas las que contribuyen á aliviarlas; su grande poder con Dios cuando se vean en el descanso eterno de la gloria. Inferir de aquí que nosotros interesamos mucho más que ellas, en los sufragios que las ofrecemos; porque nuestros sufragios á lo ménos las podrán anticipar una felicidad de que ya están aseguradas: pero su poderosa intercesion con Dios nos podrá asegurar esa misma felicidad, que aún está expuesta á tantas contingencias. Nosotros podremos conseguir, que salgan cuanto antes del Purgatorio; ellas podrán alcanzar que jamás caigamos en el Infierno. Vé aquí unos materiales copiosísimos para disponer muchos sermones de honras, aún en la muerte de los hombres más foragidos.

No son malos (dijo el comisario ahuecando la voz, entre resoplido y regüeldo); pero sino se ilustraran los tormentos del Purgatorio con algo de la rueda de Ixion, con un poco de los perros de Anteo, con un rasgo de buitres de los Promoteo, con mucho del perro, digo toro de Falaris y sobre todo para pintar bien la pena de daño, con buen recado de la sed de Tántalo, á vista del cristalino chorro, es negocio de dormirse el auditorio, si los ronquidos no valen por sufragios, no hay que esperar otros.

Soy de esa opinion, añadió Fray Blas. Nunca me apartaré de ella, prosiguió Fray Gerundio. Padre Maestro perdimos el capítulo, concluyó el sócio. No perdimos tal, respondió el Abad, porque yo no hice empeño de traer á mi opinion al señor comisario ni á

estos Reverendísimos Padres, conociendo bien ser empresa muy superior á mis fuerzas. Digo mi dictámen por modo de conversacion, y en lo demás cada cual abunde en su sentir. Esto es, añadió el sócio, cada loco con su tema. Pero como yo estoy convencido de lo que V. Paternidad ha dicho, y por lo que á mí toca, con firme resolucion de no separarme un punto de sus máximas, solo quisiera saber: ¿qué autor ó autores podria seguramente imitar en las oraciones fúnebres, y si ha habido algun sobresaliente y cabal en este género de composiciones?

V. R. que entiende medianamente la lengua francesa, respondió el Padre Abad, ó á lo ménos sabe de ella lo que basta para el gasto de casa, no ignora que hay escrito en ella mucho y bueno de esta especie. Apenas se hallará una oracion fúnebre pronunciada en esta lengua, singularmente de un siglo á esta parte, que no sea un bello modelo de la más castiza y aún de la más cristiana elocuencia. San Francisco de Sales fué de los primeros que abrió puerta á la nacion francesa, en la tierna oracion fúnebre pronunciada en esta lengua en las honras del Duque de Merceur. La que el Padre Burdaloue predicó en las del gran Príncipe de Condé Luis de Borbon, parece que apuró todos los primores del arte. Pero él, que entre todos los oradores franceses se elevó en este género de elocuencia á tan superior altura, que no parece posible se remonte más el vuelo de algun orador humano, fué el gran espíritu Flechier, Obispo de Nimes, excediéndose singularmente á sí mismo en la célebre oracion del vizconde mariscal de Turena. Si despues se acercó alguno á este grande hombre, fué el Ilus-

trísimo Señor Don Pedro Francisco Lafiteau, Obispo de Sisteron, en la que pronunció en las honras de nuestro gran Rey Felipe V, que al punto se tradujo á castellano, sirviendo de ejemplar á pocos, y de confusión á innumerables.

Verdad es, que en este punto no están los franceses tan indulgentes como yo, á los ménos en todos los artículos; porque suponen lo primero, que las oraciones fúnebres no se hicieron para el púlpito, el cual las adoptó á regañadientes, viendo que la lisonja, ó cuando ménos la condescendencia con los grandes, se empeñaban en introducir las en el santuario. En esto no me separó mucho de ellos. Suponen lo segundo, que para celebrar dignamente á un héroe, es menester que sea también héroe el orador; porque no siéndolo, no puede tener ideas ni expresiones proporcionadas al mérito ni á la grandeza de su objeto. De manera, que el auditorio ha de estar como indeciso, no sabiendo determinar cual es mayor en su línea, si el héroe del púlpito, ó el héroe de la campaña, del gabinete ó del sòlio. Consiguientemente á esto suponen lo tercero, que en materia de oraciones fúnebres, no se sufren medianías, ó han de ser excelentes, ó han de ser intolerables. Si el auditorio no está embelesado, tiene derecho á silvar el orador. Esta máxima me parece que inclina demasiado al rigorismo, y no mudo de opinion: porque diga Tulio en la carta á Marco Bruto, que *eloquencia que admirationem non habet, nullam judico*: «Que mientras el orador no asombra, no es orador.» Mas acá hay posada: como llegue á agradar, persuadir y mover, cumplió bastante con su obligacion. Suponen lo cuarto, que los gran-

des empleos, los primeros puestos, la autoridad, la nobleza, la sabiduría, el genio, el valor, el heroísmo ni aún el mismo trono, mirados precisamente en sí, no son asuntos dignos de un orador cristiano, y para serlo, es menester que el orador haga reflexion á su inanidad, á su inconstancia, inspirando al auditorio el ningun aprecio que merece este vano humo, útil solo cuando se usa de él para fines elevados y superiores. Tampoco me atrevo á desviar de este dictámen, porque le hallo muy conforme á los principios de la Religion, y aún fundado en las más sólidas máximas de una buena filosofia moral. Estas son las severas leyes, que los franceses se proponen para sus oraciones fúnebres, y es cierto que los más se arreglan admirablemente á ellas.

Pero no crean Vdes. que ellos solos las observan, y no tengamos nosotros dentro de casa algunos bellos ejemplares que imitar, sin necesitar de mendigarlos fuera. Sin salir de la universidad de Salamanca, hay modelos muy acabados. El amor de la cogulla no me permite olvidar á nuestro maestro Vela, á quien arrebató la muerte, cuando el mundo empezaba á conocerle. En dos ó tres oraciones fúnebres que predicó y se dieron á la luz pública, mostró su raro talento para este género de composiciones, en que sin duda compitió con los más nobles oradores.

El reverendísimo padre Salvador Osorio de la Compañía de Jesús, catedrático de aquella universidad y provincial de la provincia de Castilla, fué muy singularmente buscado para este género de empeños, y salió de ellos con tanta felicidad, que casi to-

dos los sermones fúnebres se dieron á la estampa, aún ménos para inmortalizar la memoria de los difuntos, que para la enseñanza de los vivos, y para la admiracion de los sabios.

Varias veces me he lamentado de que algun sujeto celoso de la gloria de nuestra nacion no hubiese hecho una coleccion de estas oraciones, para que tuviésemos en España un funeral que pudiese honrar con los más célebres, que tanto ruido meten en las naciones extranjeras. En la córte de Madrid se predicaron tambien nobles oraciones fúnebres en las exequias del gran Rey Felipe Quinto. No hablo de todos, porque algunos inquietarian las cenizas de aquel piadosísimo, juiciosísimo y advertidísimo Monarca, si fuera capaz de turbarse el descanso de sus reales despojos, que con gran fundamento considera la piedad, como preludeo del eterno y glorioso, que algun dia les esperaba. Entre otras muy dignas del mayor aprecio, me arrebató la atencion y el gusto la que predicó el doctor Don José de Rada y Aguirre, capellan de honor de su Majestad, y su predicador de los del número, y hoy dignísimo cura de su Real Palacio. Dijola en las exequias que consagró á las eternas memorias de aquel Monarca su real congregacion de *María Santísima de la Esperanza*. Su asunto fué un nobilísimo cotejo de las gloriosas hazañas del Príncipe, con las heroicas virtudes de Cristiano: protestando el discretísimo orador, que aquellas sin estas serian materia indigna para un elogio proporcionado al pié de los altares. Confieso que me embelesó aquella noble oracion, y que es grande mi dolor de que muchos oradores españoles

desvian tanto del verdadero camino de elogiar dignamente á los difuntos, con aprovechamiento de los vivos, cuando tienen á la vista conductores tan seguros.

CAPITULO XI.

Al decir esto, se hallaron todos dentro de casa de vuelta del paseo, que no fué corto, porque insensiblemente los fué empeñando en él la divertida conversacion; y si la cercanía de la noche no les hubiera avisado de que era tiempo de retirarse, es de creer que el Reverendo Padre Abad nos hubiera enriquecido con otros muchos materiales igualmente preciosos y oportunos sobre una materia de tanta importancia. Lo peor del caso es, que perdió el aceite y el trabajo, porque segun atestiguan uniformemente varios instrumentos innegables, solo el sócio se aprovechó de la doctrina: los demás la oyeron con grandísima frescura. El comisario dijo entre dientes, *No me encaja*: Fray Blas respondió, *tampoco*; y Fray Gerundio, *Viva el Florilógio y muera la peste.*

... con algunos
... otros amigos.
... Fray Gerundio,
... Fray Blas y Anton No-
... les se fueron á dormir á Presidencia del Palacio, donde
... se dividia el camino para Campazas y para el convento,
... con tanto de descansar aquel dia en casa del fami-
... lioso familiar.
... Recibidos éste con su agrado, sosiego, paz y so-
... carterías natural, luego que se apartaron, y los salido
... á todos cariñosamente; pero sin quitarse de la ca-
... beza un monton de perlas, dijo á Fray Gerundio:
... « A fe, sobrino, que tienes el más mejor tiempo de
... « el mundo, porque nos saques de una vez de
... « porque yo bien conozco que eres un gran letrado,
... « y que has reglado mas libros, que un hidalguito.